

corazón, y la rinde perpetuo culto, y pasa horas y horas, días y días entregado á esa oración sublime que se llama estudio: porque el estudio profundo, intenso, puro, es como una oración al Dios de lo creado; la ciencia es buena, es tierna, es amorosa, sólo que no se entrega á la ligera al primer amor que la solicita; ¡ejemplo digno de imitación, señoras!

Y voy á concluir indicando una idea que varias veces he presentado ya. La ciencia, cuando sanamente se la estudia, cuando puramente se la considera es eminentemente religiosa. Todos esos soles esparcidos por el espacio y todos esos magníficos globos de fuego, son como liras gigantescas que con vibraciones de luz cantan la gloria de su Dios. Y alrededor de cada uno de esos magníficos astros, como al rededor de la piedrecilla arrojada en el estanque del rosal, nacen ondas de luz, esferas sublimes que vibrantes llevan las armonías por los espacios que los inundan de celestiales conciertos, y que cantando siempre la gloria de su Hacedor se pierden inmensas en las profundidades infinitas del cielo.

JOSÉ ECHEGARAY.

Equilibrios del amor

Adolfo poseía un corazón lleno de exquisita sensibilidad. Nada tan fácil para él, como encontrarse repentinamente preso en las redes del amor. Para nuestro héroe, ese sentimiento divino adquiriría tantas y tales proporciones, que sin quererlo, lo dividía y subdividía, hasta el punto de haber alcanzado una época en que amaba perdidamente á tres mujeres distintas.

Sin duda, nacería tal cosa, á todas luces inverosímil, de un culto que allá en el interior de su alma profesaba á la belleza, y que hallándola realizada en este ó en aquel ser, á él se dirigía considerándolo como parte de la idea adorada con tanta pasión.

Fuese ello lo que fuese, es lo cierto que, yo he sido confidente de Adolfo más de una vez, y que al confiarme sus secretos de amor, á un mismo tiempo jugaban en sus propósitos varias deidades, capaces todas juntas de derretir los más empedernidos corazones y una sola bastante para hacer caer de rodillas á sus piés al hombre más hastiado y descontentadizo.

Las grandes artistas le encantaban; las mujeres aristocráticas reinas de la moda, le en-

loquecían: sentía idolatría incondicional por las solteras hermosas y ricas, y en cuanto á las casadas jóvenes, virtuosas, llenas de belleza y de encantos, tenían en su corazón un lugar preferente y sagrado.

Difícil cosa verse correspondido por tantas y tan variadas deidades á un tiempo, y no menos difícil era fijar los ojos en una determinada, pues Adolfo ninguna cualidad física ni intelectual reunía, no siendo en el fondo otra cosa que un excelente cuanto sensible muchacho.

Como en todas partes tenía algo que hacer, naturalmente en todas partes se le veía; á ninguna solemnidad faltaba, y siempre en primer término podía contemplársele agitado, febril, receloso y un tanto si es ó no es melancólico y confuso.

Tenía una prima bastante guapa que le distinguía mucho, pero no hasta el punto de sentir amor por él; pero como poseía buen corazón y una posición social envidiable, le sobraba tiempo para consolar á nuestro desgraciado amigo, indicándole conquistas fáciles que el amor propio de Adolfo rechazaba súbitamente.

Así las cosas, llegó á la ciudad una célebre artista tan hermosa, cuanto intrépida, que trabajaba maravillosamente en el trapecio, en el alambre, y en la barra fija, y que además era un primor de destreza cuando manejaba un fogoso caballo.

Como era de proveer, Adolfo ardió al momento en amor por la enloquecedora inglesa, pues Mis Fany era hija de la orgullosa Albión, como dicen los diplomáticos, y ya no de otro cosa cuidó que no fuese seguirla á todas partes y contemplar todas las noches sus habilidades desde una butaca de primera fila.

Si difíciles y arriesgados eran los trabajos de la gimnasta no lo crean menos, los que Adolfo verificava con los gemelos de gran tamaño que usaba, puesto que seguía con escrupulosa exactitud todos los movimientos del trapecio, todos los equilibrios, el galopar del caballo, las vueltas rápidas, moviéndose tanto y tanto, que los que ocupaban las butacas junto al enamorado doncel, más de uno y de dos golpes inesperados recibieron en las narices y en las espaldas.

Preciso es confesar que jamás le había entrado tan fuerte el amor. Hasta se dió el caso, inexplicable en él, de no olvidar, pues esto era imposible, sino de mantener aletargados como fuego entre cenizas, los diversos amores que sentía. Durante dos meses no pensó en mujer alguna que no fuese la bella y distinguida equilibrista.